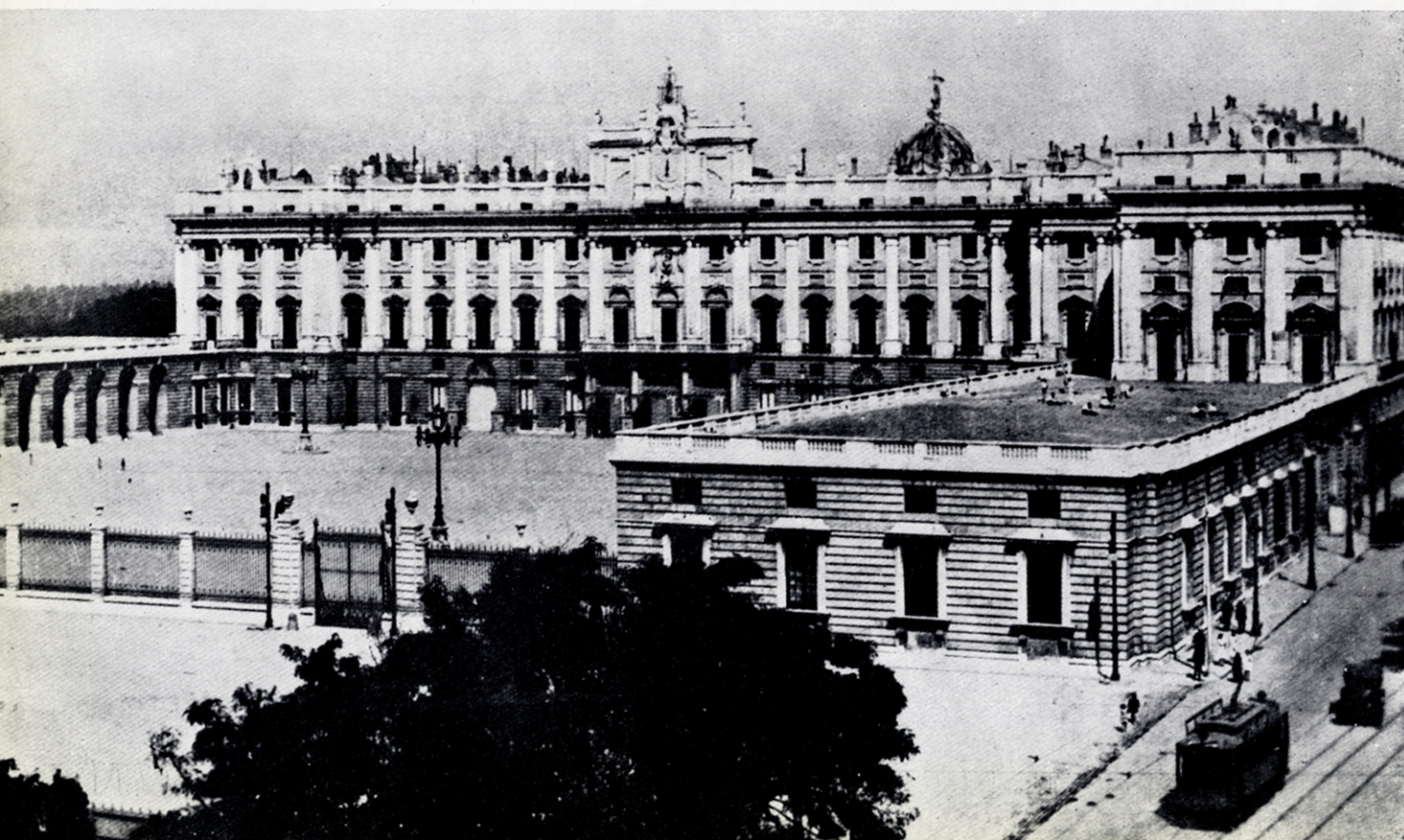


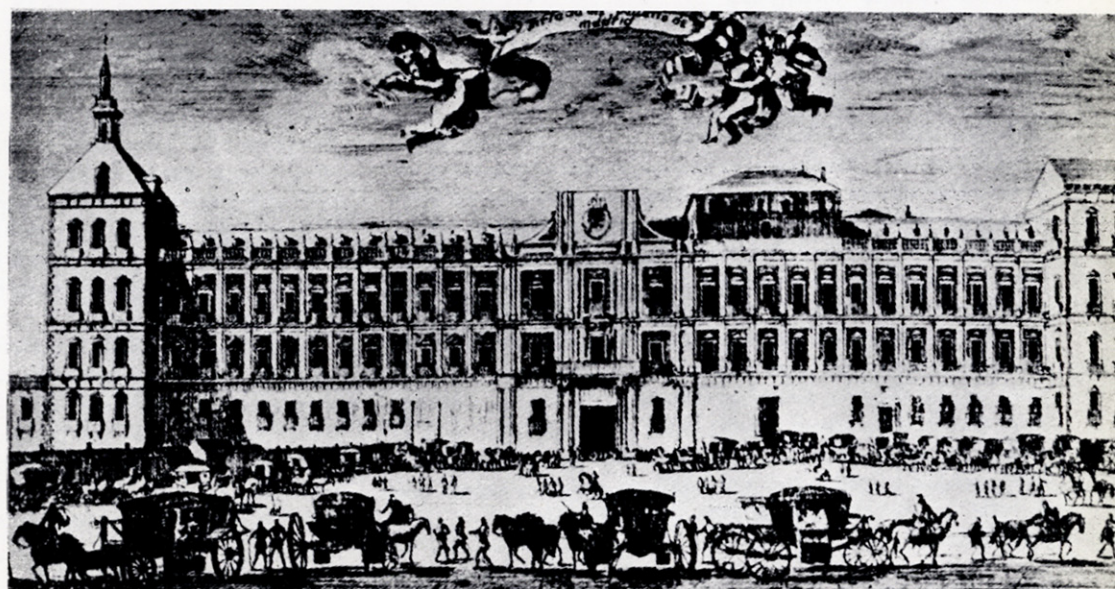
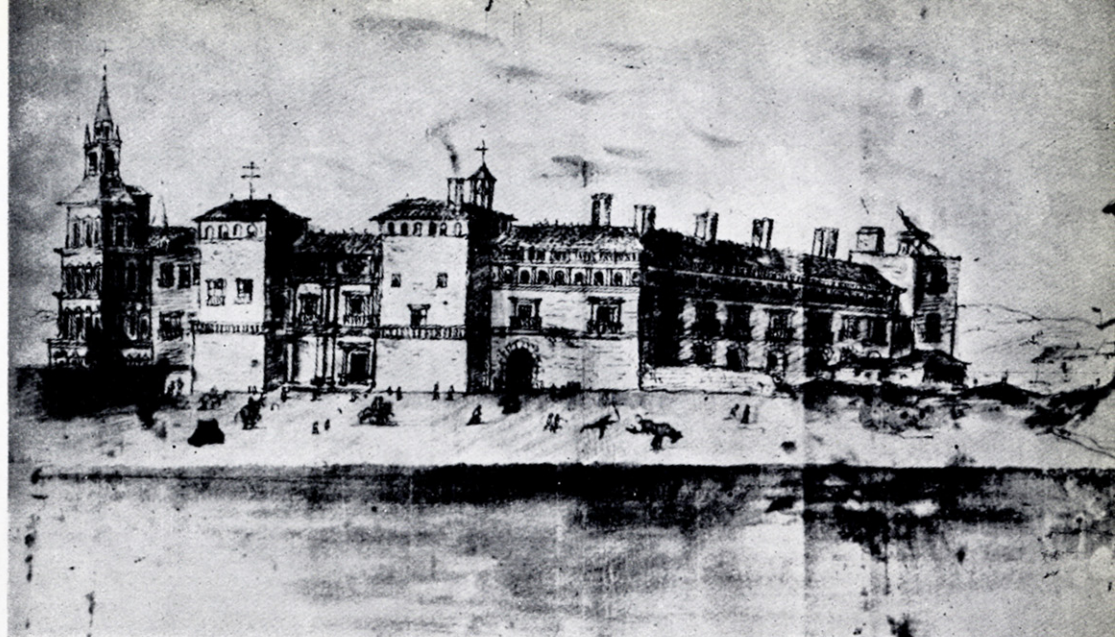


El Alcázar y el Palacio

Empieza siendo un Alcázar hispano-árabe con dos enormes torreones chatos flanqueando la entrada y galerías de arcos de ladrillo rodeándolo por lo alto. Le nace una gran torre—la "torredorada"—al Oeste, obra personal de Felipe II en su juventud, según dicen. Allí tenía sus libros de arquitectura y una fantástica colección de planos y trazas que se quemaron cuando el incendio del Alcázar. Desde la torre le va creciendo, hacia Oriente, una fachada magnífica, detrás de la que asoma, superviviente, uno de los dos torreones chatos, que es la Torre de las Damas del tiempo de los Austrias. Alcanza su final,

por fin, y se empieza a hacer otra torre simétrica de la Dorada, que cae ya en plena calle de Bailén actual. Desaparece la Torre de las Damas, se completa el frontón, queda todo muy simétrico y ordenado, y, en el acto, se quema por completo. Es como la historia de una Falla al "ralenti". En su lugar se hace un palacio a lo Bernini (pero no mucho) más pequeño y achaparrado, con poca gracia y demasiadas ventanas. Pero, eso sí, de muy buena calidad como arquitectura y como "ejecución material". Además, es nuestro único monumento im-







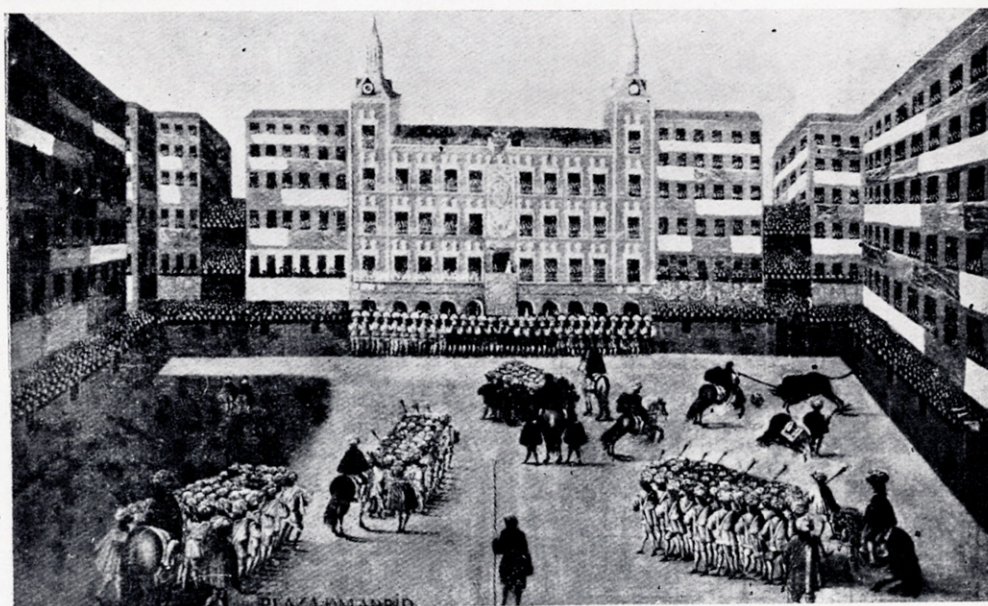
La Plaza Mayor

Empieza siendo un descampado extramuros, delante de las murallas próximas a la Puerta de Guadalajara, que fué la madre de la Puerta del Sol y la abuela de la Puerta de Alcalá. En este descampado había tenderetes como en el Rastro de ahora. A Felipe II, según descubrimiento reciente de nuestro compañero Francisco Iñiguez, se le ocurre hacer allí una verdadera Plaza. Juan de Herrera es el arquitecto, y su huella ha quedado a través de todas las vicisitudes de su construcción, desde Felipe III y los Mora, que dan el gran empuje, hasta su reconstrucción por Villanueva después del último gran incendio. En los viejos tiempos la gente debió de pasarlo muy bien allí, aunque no tanto como dicen los inventores de la leyenda negra. En efecto, hubo fiestas de toros, torneos, desfiles, procesiones, teatro y hasta alguna ejecución sonada como la de don Rodrigo Calderón. Pero allí no se quemaron herejes: faltó este espectáculo, pues el Auto de Fe era ceremonia solemne y nada más. De allí salían los herejes absueltos o condenados, y si había que quemar a alguno, esto se hacía extramuros, por donde están ahora los Bulevares.

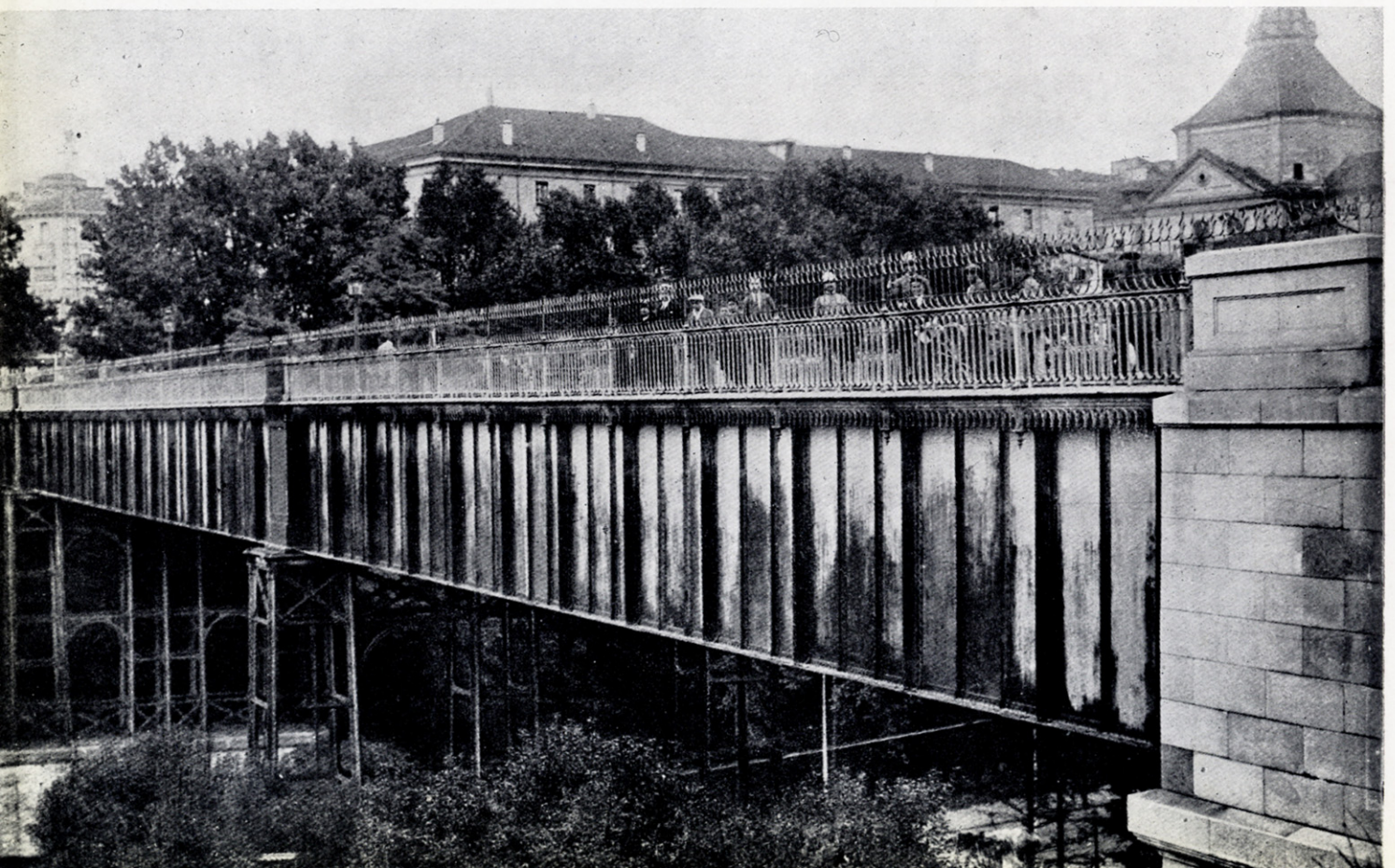
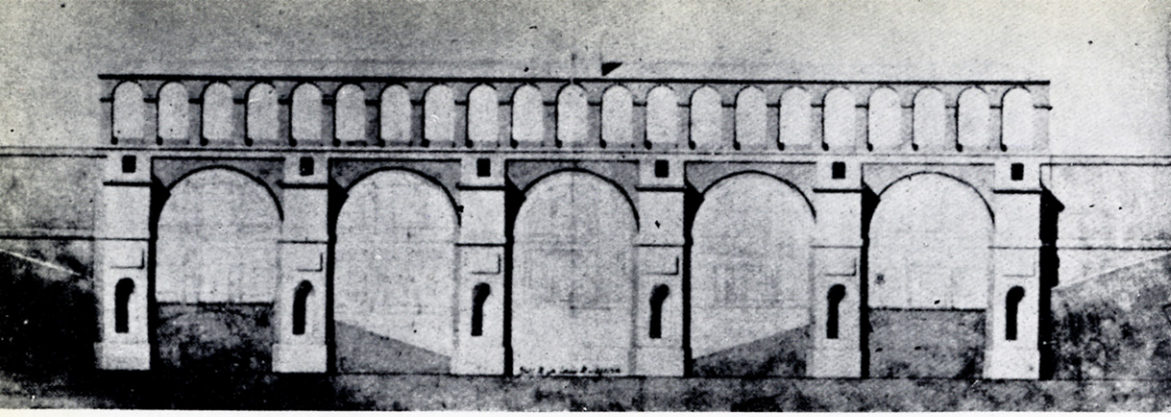
Entre fiesta y fiesta, se hacía comercio bajo los soportales y en los

puestos que armaban en medio de la Plaza, se paseaba la gente, se contaban hazañas de Flandes y de Italia, se intrigaba y se hacían negocios de verdad o a estilo de arbitrista o al modo del Patio de Monipodio (este último estilo abundaba, porque gracias a los "peruleros" muchos frescos encontraban en la plaza las minas del Perú). Pero en cuanto vino a llamarse plaza de la Constitución, todo empezó a decaer, porque el barullo se trasladó a la Puerta del Sol. Puede que el precedente glorioso de este traslado fuese el ataque a los Mamelucos en la Puerta del Sol, primer acto de la Guerra de la Independencia.

En fin, los tiempos de la Constitución reducen la Plaza Mayor a escenario del comercio galdosiano, de la mesocracia de los soldados y las criadas. Ahora, después de la última reforma, la plaza se ha vestido de etiqueta con sombrero de copa y todo. ¡Esos tejados grandes y negros de pizarra! Pero en realidad ahora se ve bien la armonía platónica de tan grande y perfecto ámbito, y pasearse por él es darse un paseo por los jardines de Academias, aunque no haya plantas.









El Viaducto

La idea de unir con un puente la colina del Alcázar con la de San Francisco, aparece ya en el siglo XVIII. Silvestre Pérez, a principios del XIX, proyecta un Viaducto coronado por una arquería. Precedentes, los que se quiera: desde los puentes cubiertos representados en la Columna Trajana y los de Persia—medievales—, hasta proyectos de Palladio. Lo que en definitiva se hace en el siglo pasado es

el famoso Viaducto de hierro, con el cual aparece un nuevo uso romántico: el de suicidarse tirándose desde él. Cuando el propio Viaducto se hace viejo y amenaza a su vez con suicidarse, se procede a su derribo y se hace el actual de hormigón armado, que por misteriosas razones no atrae ya a los suicidas, aunque no falta, de tarde en tarde, algún anticuado que lo usa como si fuera el de hierro.



La Puerta del Sol

Empezó la plaza siendo una plaza de arrabal, con descampado en las afueras de la Puerta de Guadalajara. Se llenaba de tenderetes en los mercadillos que allí se celebraban. Surgieron alrededor posadas y paradores para arrieros y luego casas. De la Puerta que dió nombre a la plaza, poco se sabe. Hubo después una buena iglesia, la del Buen Suceso, entre Alcalá y San Jerónimo, y otras dos muy próximas: la de la Victoria y San Felipe el Real. El mentidero de las "gradas de San Felipe" era el ágora de un gran Imperio, donde se hablaba de todo lo divino y lo humano, de todas las cosas, "cognoscibles e incognoscibles y de otras más", según frase contemporánea de Quevedo. Ahora se ha trasladado a la calle de la Victoria, en los terrenos donde estuvo la iglesia de este nombre, y allí se trata de todo lo referente a los toros y al fútbol, que no es poca cosa. Tales son las consecuencias de haberse trasladado desde el extremo Oeste de la plaza hasta el extremo Este.

Delante de la iglesia del Buen Suceso estaba la fuente de la Mariblanca, dama castiza y popular, de origen desconocido por el vulgo como la Cibeles actualmente, que parece su hija por como repite su carácter.

Vino el "progreso" con el siglo de Carlos III. Se hizo la Casa de Correos con los planos de un francés, Marquet, tan desconocido como la Mariblanca, pero que fué preferido a don Ventura Rodríguez, por razones también desconocidas. Con todo esto se dignificó bastante el aspecto de la que había sido plaza de arrabal.

Con el Siglo XIX vino más "progreso": desaparecieron las iglesias y la Mariblanca y se hicieron proyectos para unificar la arquitectura de la plaza, a estilo, naturalmente de París, la Meca de los españoles progresistas de entonces. Se terminó haciendo unas fachadas discretas. Pero entre ellas destacaba por su mejor calidad la casa de Cordero (el famoso maragato), inmediata a la vieja casa de Correos, ya dedicada a Ministerio de la Gobernación. De su torrecilla partió la primera red de teléfonos de Madrid. Con el Ministerio, los teléfonos y los infinitos cafés que ocuparon la mayor parte de los bajos de la plaza, ya tenemos completo el escenario para la politiquería de la "España ingobernable", la "España sin pulso", etc., que decían las figuras y los figurones de una España que se terminó en julio de 1936, y con ella se terminó también la función política de la Puerta del Sol. Ahora es una discreta plaza céntrica con una circulación adecuada a su medida, con jardincitos y fuentes, con tiendas y oficinas y con cafés y cafeterías sucesores de los muchos cafés de antes.

